

Nuevos órdenes¹

¹ Apartes de este texto fueron tomados del Documento maestro con fines de registro calificado para la Maestría en Estudios Editoriales presentado al Ministerio de Educación de Colombia en 2015.



Margarita Valencia

*Directora de la Maestría
en Estudios Editoriales del
Instituto Caro y Cuervo de
Bogotá.*





A finales de 2012 fui invitada a la Feria de Guadalajara, a participar en el II Encuentro de Librerías y Editoriales Independientes Iberoamericanas. A comienzos de ese año habíamos abierto el Diplomado en Estudios Editoriales en el Instituto Caro y Cuervo y uno de los temas que el gremio quería abordar era la formación de los editores.

El Diplomado del ICC se había iniciado en parte para contribuir a hacer frente a las necesidades de profesionalización de la industria, necesidades surgidas, como lo expresé en ese momento, de la industrialización de la actividad editorial (Valencia, 2013). Pero, también obedecía a la urgencia de fortalecer los procesos de investigación en torno a la cultura libresca —la creación literaria y la creación de conocimiento, las formas de mediación editorial y de circulación, la lectura—, fundamentales a la hora de alimentar, además de la reflexión académica, las políticas estatales y los esfuerzos de la industria editorial nacional: si el editor contemporáneo quiere participar activa y críticamente en la circulación de contenidos, debe abandonar la conformidad y la pasividad en el ejercicio de su oficio y asumir que su tarea es una larga cadena de toma de decisiones que exige criterio y capacidad de discernimiento. Este criterio y esta capacidad de discernimiento se nutren de la investigación en el mundo del libro, del conocimiento de la tradición y de las condiciones actuales.

De manera que el Diplomado debía servir también como laboratorio para diseñar una maestría en Estudios Editoriales que armonizara las voces, muchas veces cacofónicas, que desde hace varias décadas discuten sobre la identidad académica de un campo en formación.



¿Cómo definir qué disciplinas han de intervenir y de qué manera en un campo tan joven y tan ambicioso? Los ejes temáticos articuladores de nuestro programa curricular —el autor, el editor y el lector— apuntaban a la complejidad de esta conversación. También iluminaban el hecho de que la imparable irrupción de lo digital —que aun parece dejar perplejos a muchos editores tradicionales— destruyó la ilusión de un universo cultural armoniosamente organizado en torno a un objeto simbólico que centralizaba y unificaba el saber occidental, sustrayéndolo de las miserias de la historia. La democratización de la lectura y la homogeneización de la producción editorial contribuyeron a desacralizar el libro. Y la digitalización del texto hizo que ya no fuese posible seguir pensando en el libro como en un medio neutral o transparente.

Febvre y Martin, Chartier, Eisenstein, Darnton: los historiadores fueron sin duda los responsables de abrirle un espacio en la academia a ese fascinante objeto material que es el libro. Los planteamientos del bibliógrafo D.F. McKenzie fueron cruciales a la hora de incluir lectores, materialidad y significado en los “métodos macrohistóricos de la historia del libro” tal como venían siendo planteados por la escuela francesa de los Anales. Y su perspectiva incluyente permitió sumar la crítica textual a la bibliografía analítica, en una proposición que Marshall McLuhan había hecho unas décadas antes desde el campo de las comunicaciones. A estos pensadores se suman hoy los investigadores en estudios mediáticos y los impulsores de las humanidades digitales, enriqueciendo el campo de los estudios editoriales y tornándolo más complejo.

La edición sin editores, de André Schiffrin, fue el primero de una larga lista de elegías que lamentaban la

desaparición del editor y la muerte inevitable del libro. Su publicación fue un aviso de la dificultad, compartida por la industria y por el sector cultural, para imaginar la ausencia del libro como principio organizador a la que se refiere Weel (2011), entre muchos otros. Es una dificultad que sigue lastrando económicamente al sector y que costará también en términos de decisiones políticas equivocadas.

La universidad colombiana estaba en mora de abordar desde la perspectiva de la educación especializada y la investigación temas fundamentales como el enfrentamiento en el sector editorial entre el libro como bien cultural y el libro como producto de consumo; la discusión sobre el cambio de paradigma; el revuelo provocado por la introducción de nuevos soportes; la discusión sobre la conciencia ecológica y la edición (que no solo gira en torno al tema del papel sino que se ocupa de temas como la preservación de la diversidad lingüística); y la renovada discusión sobre la preservación de la diversidad cultural (diversidad representada en parte en su acervo escrito). Pero lo fundamental en un programa académico de formación de editores es prepararnos para afrontar creativa y responsablemente las múltiples posibilidades que se abren ahora que el orden de los libros que Chartier describiera ha dado paso a nuevas formas de producción y circulación de los textos.

Referencias

- Valencia, M. (2013). La formación profesional de editores. Cómo dejar de correr para quedarnos en el mismo lugar. *Revista Trama y Texturas*, 20, 12.
- Weel A. van der (2011). *Changing our textual minds*. Manchester: Manchester University Press.

